

## "EL IMPERIO AMERICANO" 3

**P**ROTEGIDO por su formidable aparato militar, el imperio no se contenta con importar materias primas a bajo precio y con exportar capitales para repatriar los beneficios que le permiten proceder a nuevas inversiones productivas. Sabe, en efecto, que un cerebro puede hacer ganar más dólares que un pozo de petróleo. Sabe también que, si para el conjunto de la industria uno de cada catorce dólares de la renta nacional proviene del extranjero, para una firma como IBM, que ha gozado de inversiones masivas en la investigación, la relación es tres veces superior. La ciencia y la cultura no son sólo una

de las glorias del Imperio, son también una de las principales fuentes de su riqueza y de su poderío.

Los Estados Unidos no ignoran que su literatura, traducida a todas las lenguas; sus películas, proyectadas en todas las pantallas; las noticias ampliamente difundidas por sus agencias de prensa, sus conferenciantes que recorren el mundo, sus hazañas científicas, etc... contribuyen a la gloria y al poderío del imperio. América no descuida ningún medio de afirmar su vitalidad intelectual o artística. Además, la exportación de libros, de discos, de películas para cine o televisión, la venta de patentes, etc... cons-

tituyen una importante fuente de ingresos que facilitan nuevas investigaciones y nuevas creaciones. El imperio necesita, desde luego, banqueros e ingenieros, hombres de negocios y soldados, pero no puede prescindir de sus científicos y de sus profesores, de sus escritores y sus actores. Sus centros culturales en el extranjero apenas son menos importantes que sus bases militares. Sus ventas de armamentos no son óbice a la exportación de sus películas. Sus importaciones de materias primas no impiden la inmigración de científicos y técnicos...

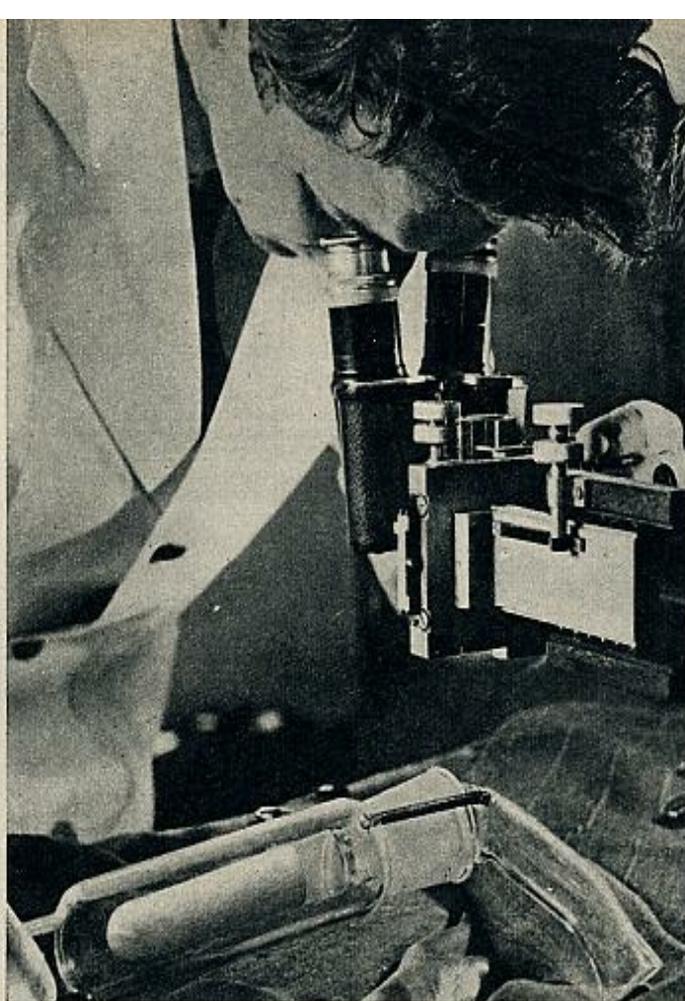
El Imperialismo cultural no responde

a principios sensiblemente diferentes de los que han regido el nacimiento de los imperios económico y militar. El imperio cultural responde, lo mismo que ellos, a una necesidad: la sociedad no sólo consume metales preciosos, petróleo o productos tropicales, sino que está ávida también de obras de arte, de ciencia, de literatura, y las importa en la medida de lo necesario. A esto hay que añadir la necesidad de exportar, de vender películas al extranjero, de invertir en el extranjero capitales para editar libros o periódicos. El imperio cultural se beneficia, de este modo, de circunstancias favorables que los Estados Uni-

# EL IMPERIO CULTURAL



dos no han buscado: el nazismo y el comunismo, por ejemplo, han obligado a expatriarse a innumerables talentos, que han querido alejarse lo más posible de los regímenes políticos de los que huían. Por otra parte, lo mismo en lo que se refiere al imperio cultural que en lo que respecta al imperio económico, el poderío llama al poderío, y la vitalidad de los Estados Unidos ha atraído a muchos cerebros que encuentran en su país de adopción más posibilidades que en su país de origen. Finalmente, tanto en el terreno cultural como en los demás sectores, el imperio alienta y favorece, naturalmente, la corriente de in-



Los palacios modernos de los científicos, a los que el sistema mima, porque los necesita, son laboratorios de química y física, fábricas de electrónica, las instalaciones de Cap Kennedy y la Rand Corporation (a la que corresponde la foto de la izquierda).

tercambios que contribuye a su poderío y atrae deliberadamente a los científicos extranjeros, explotando su potencial cultural al servicio de su prestigio y de su propaganda en el mundo, complementos indispensables de su acción política y diplomática.

#### LA TRATA DE CEREBROS

James A. Perkins, presidente de la Universidad Cornell, considera que entre 1949 y 1961 han emigrado a Estados Unidos 43.000 ingenieros y hombres de ciencia. Una proporción importante, aunque no significativa, de éstos procedía de países subdesarrollados que quizá no les ofrecían las condiciones de trabajo ideales, aunque tuvieran gran necesidad de su competencia. Otro ejemplo especialmente expresivo es que los hospitales americanos empleaban, en 1964-65, unos 41.000 internos y residentes, 11.000 de los cuales eran diplomados de Facultades de Medicina extranjera y 8.000 procedían de países subdesarrollados. Es decir, que los países extranjeros habían financiado la formación de más de la cuarta parte de los internos que ejercían su oficio en Estados Unidos. El imperio draga los cerebros y los especialistas, del mismo modo que draga exorbitantes beneficios de los capitales invertidos en el Tercer Mundo y amortizados desde hace mucho tiempo. Según los cálculos del profesor Kelly M. West, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Oklaho-

ma, los Estados Unidos deberían construir y financiar doce nuevas Facultades de Medicina si quieren garantizar la formación de los, aproximadamente, 1.200 médicos que cada año llegan como inmigrantes.

La situación es hasta tal punto anormal, que Gran Bretaña, por ejemplo, pierde el 16 por 100 de los titulares a los que forma. Y eso que, como la mayoría de los países europeos, copan a multitud de cerebros venidos del Tercer Mundo para seguir sus estudios. El éxodo se efectúa bien sea directamente desde el Tercer Mundo —sobre todo de América Latina, Formosa y Corea— hacia los Estados Unidos, bien sea desde el Tercer Mundo hacia los países europeos, que pierden, a su vez, una parte de sus cerebros en provecho de los Estados Unidos. Es por lo que Kenneth Robinson, ministro británico de Salud Pública, declaraba que «Gran Bretaña no puede permitirse el lujo de formar médicos con la única finalidad de reforzar la sociedad americana de Medicina».

Entre 1962 y 1966, la inmigración a Estados Unidos de personal altamente calificado se ha elevado a 59.851 individuos, 37.818 de los cuales procedían de países desarrollados y los otros 22.033 de países subdesarrollados. La corriente de inmigración se acelera más rápidamente en lo que respecta a los países subdesarrollados que en lo que se refiere a los países desarrollados.

Dicho de otro modo: de 1962 a 1966, el contingente anual de inmigrantes altamente cualificados y procedentes de países desarrollados ha aumenta-

## Claude Julien

do un 18 por 100, mientras que los procedentes de países subdesarrollados han aumentado un 71 por 100. Esta situación recuerda, en cierto modo, la rentabilidad comparada de las inversiones americanas en el extranjero: lo mismo que, a través de los beneficios repatriados, América Latina y Asia proporcionan capitales a los Estados Unidos, el resto del mundo, y cada vez más los países pobres, les proporcionan cerebros. Así como los capitales invertidos en América Latina son los más rentables, también lo es el éxodo de cerebros; América Latina y Asia son los dos continentes subdesarrollados que prestan a los Estados Unidos la más importante contribución. De 5.819 inmigrantes altamente cualificados que entraron en los Estados Unidos en 1966, procedentes de los países subdesarrollados, 2.620 venían de Asia y 2.472 de América Latina. Desde este punto de vista, como desde otros tantos, África está todavía poco explotada por el imperio. El fenómeno no tiene nada de extraño: la inmigración procedente de países sobre los que los Estados Unidos ejercen una mayor influencia política, diplomática o militar es, lógicamente, mayor. Así es como en Asia dos bastiones del imperio, Corea del Sur y Formosa, proporcionan el mayor contingente de inmigrantes.

Pero la propia Europa paga al imperio la mayor contribución. He aquí algunas cifras que indican, para 1962 y 1966, el número de ingenieros, especialistas en ciencias exactas, médicos, dentistas, etc., que entraron en Estados Unidos procedentes de los principales países de Europa Occidental.

	1962	1966
Gran Bretaña ...	1.488	2.015
República Federal	574	615
Francia.....	102	180
Italia.....	126	185
Holanda.....	213	129
Bélgica.....	50	63
Suecia.....	148	195
Suiza.....	157	297
Grecia.....	103	142
España.....	87	116
Austria.....	44	117

En nombre del interés nacional y del *America first*, los Estados Unidos han cerrado progresivamente sus fronteras; primero, a determinadas categorías de indeseables o de inmigrantes deficientes, para llegar, poco a poco, a un contingente más estricto. Los intelectuales y los científicos disponen de facilidades bastante grandes para entrar en Estados Unidos: intervención gubernamental a su favor, contratos con Universidades o grandes empresas. Sin embargo, las autoridades americanas se preocupan en la actualidad por ciertas cortapisas

*Entre 1949 y 1961 emigraron a Estados Unidos 43.000 ingenieros y hombres de ciencia, gran parte de los cuales procedían de países subdesarrollados. El brain drain o drenaje de cerebros acrecienta así el foso que separa a Estados Unidos y las naciones subdesarrolladas.*

que su propia legislación pone a la entrada de inmigrantes altamente cualificados. EL 12 de diciembre de 1967, el presidente de la Comisión de Inmigración de la Cámara de Representantes, Michael Feighan, anunciaba la apertura de una encuesta que permitirá precisar las modificaciones que debían hacerse a la ley para suprimir los obstáculos para la entrada de científicos y técnicos. Resultaba que el 30 de junio de 1967, 48.000 candidatos a la inmigración, situados en esta categoría, estaban a la expectativa. Ahora bien, el procedimiento de cuotas no permite hacer entrar más que a 17.000 de ellos por año. ¿Por qué frenar de esta manera —preguntaba Michael Feighan— la llegada de científicos a los que los Estados Unidos necesitan?

En 1965, el Presidente Johnson firmó una nueva ley que liberalizaba la admisión de ingenieros, médicos, etcétera, y las preocupaciones del Congreso permiten predecir que se votarán nuevas aperturas. Si es que los Estados Unidos quieren ayudar a los países del Tercer Mundo a desarrollarse, una de las medidas más urgentes consistiría en frenar este éxodo de cerebros. Pero no es esto lo que preocupa al imperio. Dean Rusk, secretario de Estado, se felicita, por el contrario, de una situación eminentemente favorable al poderío del imperio al declarar: «Nuestro país tiene la gran suerte de poder atraer del extranjero a inmigrantes de alta inteligencia y de alta capacidad; la inmigración, si está bien administrada, puede ser uno de nuestros mayores recursos nacionales».

Esta es la ley del imperio: la trata de cerebros ha tomado, bajo formas mucho más activas, el relevo de la trata de negros; se lleva a cabo no mediante el miedo, sino mediante la oferta de contratos ventajosos y de grandes posibilidades de investigación y de trabajo. Sigue siendo un hecho que contribuye poderosamente a empobrecer a los países pobres para mejor enriquecer a un país rico que pretende querer ayudarles. Europa, por otra parte, no se porta de modo distinto respecto a los países del Tercer Mundo que están aún bajo su influencia. Deseosa Europa de imitar en todo a los Estados Unidos, cada vez tiende más a intensificar, en su propio provecho, esta política de draga de cerebros con la falaz esperanza de compensar el brain drain de que ella misma es víctima en provecho de los Estados Unidos. Sin alcanzar el nivel americano, Europa hace así mayor el foso cultural y científico entre países pobres y países ricos. Se esfuerza en imitar un «modelo» del que no es más que un pálido reflejo, condenándose así a convertirse cada vez más en satélite de los Estados Unidos. Ni en este terreno ni en otros quiere reconocer que también ella está explotada por el imperio a la misma escala que los países no industrializados. Los métodos que se le aplican son, desde luego, diferentes, pero no menos eficaces. El deseo de adaptarse al «modelo» americano la asocia más estrechamente a la empresa imperialista, sin dejarle la esperanza de alcanzar al amo. Europa pierde en los dos frentes. Ese ha sido siempre el destino de los vasallos, hasta que el señor absorbe el feudo provisionalmente sometido a su ley.

Los palacios modernos son laboratorios de química y de física, fábricas

de electrónica, think tanks, las instalaciones de Cap Kennedy, la Rand Corporation, las grandes Universidades. Arquitectos, escultores, pintores, dramaturgos o músicos tienen lugar reservado en ellos, pero también, y preferentemente, científicos o ingenieros. El imperio los necesita para construir su poderío científico, económico y militar. No descuida ningún medio de atraerlos. Consagra a sus actividades sumas cada vez más considerables.

#### EL GOBIERNO Y LA INVESTIGACION

Entre 1957 y 1965, los créditos votados para la investigación en el conjunto de la industria americana se han duplicado, pasando de 7.731 a 14.197.000.000 de dólares. La parte financiada por el gobierno federal era del 56,1 por 100, en 1957, y del 54,7 por 100 en 1965. Entre esas dos fechas, el número de investigadores empleados ha aumentado en 115.100, es decir, una progresión del 47 por 100. La parte del león corresponde a las industrias bélicas: electrónica, telecomunicaciones, aviación, cohetes.

Los dos sectores punteros —electrónica y telecomunicación, aviación y cohetes— han gozado de las más altas subvenciones del Pentágono: 62,5 por 100 y 87,9 por 100. También han reclutado el mayor número de investigadores nuevos (90 por 100 y 72 por 100), alcanzando un total de 85.000, o sea, los tres cuartos de los 115.000 nuevos investigadores reclutados por el total de la industria entre 1957 y 1965. La National Science Foundation ha preparado gráficos que dan fe de la estrecha relación existente entre el presupuesto militar de la investigación y la inmigración de personal científico altamente cualificado. Los diferentes sectores del imperio son indisolubles: la ciencia de los científicos abre el camino a descubrimientos que encuentran su aplicación en las industrias bélicas y en la producción civil, que se apoyan unas en otras para sustentarse, en bases más amplias, una prosperidad creciente que permite, a su vez, formar nuevos científicos y acelerar el brain drain.

El Departamento de Trabajo en Washington, ha considerado que la mano de obra activa en Estados Unidos pasará, entre 1965 y 1975, de 72 millones a 88.700.000, lo que representa un aumento de 16.500.000, la cuarta parte de los cuales, o sea, 4.300.000, se deberá al aumento de personal científico altamente cualificado. La misma estimación prevé que, de los 16.500.000 trabajadores nuevos, la inmigración proporcionará 1.700.000, el 23 por 100 de los cuales, o sea, trescientos ochenta mil, pertenecerán a la categoría de personal científico especializado. La inmigración, pues, no está abierta por igual a todas las categorías de trabajadores, y favorece claramente a los más adecuados para aumentar el potencial científico de los Estados Unidos. El beneficio para el imperio es doble: abre de par en par las puertas de su corte a quienes pueden aportar la más preciosa contribución a su expansión científica y deja a otros países la tarea de garantizar su formación.

Además, Washington prevé que el flujo de personal científico especializado debe amplificarse. En efecto: en 1965, los Estados Unidos acogieron a

16.000 emigrantes pertenecientes a esta categoría, cuando debían recibir a 380.000 entre 1965 y 1975, o sea, 38.000 por año. Para adaptarse a las previsiones del Departamento de Trabajo, los Estados Unidos deberán acoger, en 1975, unos 60.000 trabajadores científicos especializados. Su número anual se verá, pues, casi cuadruplicado entre 1965 y 1975. Las estimaciones oficiales son, con todo, moderadas, y la experiencia de los últimos años muestra que las previsiones se hacen en seguida inferiores a las necesidades reales.

En estas condiciones, el gobierno americano multiplica sus esfuerzos a fin de intensificar la «trata de cerebros». Para él, el asunto es vital. Poco importa que prive a otros países, aunque sean aliados, de personas especialmente competentes, a las que acoge en el momento en el que, apenas terminada su formación, se hacen «rentables». Poco importa que aumente el foso entre países ricos y pobres, foso en el que, como admite la Casa Blanca, reside uno de los mayores peligros del mundo contemporáneo. Este saqueo de cerebros es indispensable en la gran competición que enfrenta al «mundo libre» y al «mundo comunista».

Las sumas consagradas a la investigación, por la industria privada, recaen, naturalmente, sobre los sectores directamente orientados a la producción comercial, donde las subvenciones federales no tienen por qué ser importantes. El esfuerzo gubernamental, por el contrario, recae prioritariamente sobre los sectores punteros, que conciernen a la producción militar y que garantizan los márgenes beneficiarios más amplios para desembocar en una gran variedad de aplicaciones comerciales extremadamente rentables.

Estrechamente vinculado al imperio económico, el imperio militar desempeña, pues, el papel determinante en la edificación del imperio científico que permite a los Estados Unidos importar un personal altamente cualificado, que contribuye, a su vez, a reforzar el poderío del imperio y a asentar su influencia en el mundo, cuyos recursos intelectuales explota, a la misma escala que saquea sus materias primas.

La cohesión interna del imperio se acrecienta así de año en año. Los cré-

ditos afectados a la investigación científica aumentan paralelamente a la expansión de los gastos militares. El presupuesto del Pentágono rige la vitalidad de los diferentes sectores del imperio, estrechamente imbricados los unos en los otros, y permite a los Estados Unidos perfeccionar y multiplicar las armas que en cualquier instante pueden alcanzar cualquier punto del globo; mantiene a distancia respetuosa a un eventual adversario, al mismo tiempo que incita a la prudencia a aliados y neutrales más o menos tentados de hacer gestos de independencia; garantiza a la producción industrial salidas que el consumo interior no basta para asegurar; protege en el mundo entero las reservas de materias primas, de las que los Estados Unidos consumen atroces cantidades; estimula la investigación científica, de la que se benefician la industria civil tanto como la producción de guerra; y last but not least sigue siendo el principal motor de la draga de cerebros y del florecimiento científico de los Estados Unidos.

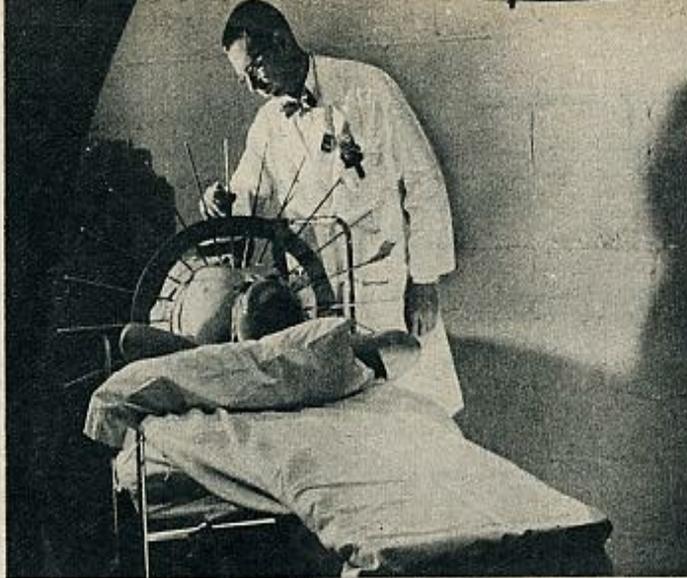
#### PRESTIGIO Y DOMINIO

Durante unos años, el gobierno americano ha pensado que el mejor medio de extender su imperio cultural era organizar y financiar, en el extranjero, instituciones que garantizaran su prestigio. Pero consideraciones de eficacia y economía le han convencido rápidamente de la conveniencia de reducir un esfuerzo a la vez demasiado llamativo y excesivamente oneroso. Así es como el personal del United States Information Service (USIS), en Europa Occidental, ha sido amputado de un tercio de sus efectivos entre 1956 y 1960. No se trataba más que de una primera etapa. Entre 1960 y 1967, el personal americano del USIS, en Europa, fue reducido de 238 a 155, y el personal europeo, de 1.674 a 723. En el mismo período, el número de centros culturales americanos, en Europa Occidental, se redujo a la mitad. En 1962, el USIS mantenía ocho bibliotecas en Francia, dos en París y seis en provincias. Las seis de provincias fueron cerradas en 1963, y, dos años más tarde, una de las bibliotecas de París

**Los Estados Unidos intensifican sus esfuerzos a favor de la formación de cuadros para los continentes subdesarrollados; esfuerzos que recaen prioritariamente sobre Asia y América Latina.**



# EL IMPERIO CULTURAL



En 1964-1965, los hospitales americanos empleaban a unos 41.000 internos, 11.000 de los cuales eran diplomados de Facultades de Medicina extranjeras y 8.000 procedían de países subdesarrollados. La emigración sólo está abierta para los científicos.

corría la misma suerte. Desde 1960, nueve centros culturales americanos han cerrado sus puertas en Alemania Federal, otros nueve en Italia, y decisiones análogas se han tomado en España, Islandia, Noruega, Portugal, etc...

Sería equivocado sacar de ello la deducción de que el imperio cultural padece de anemia. Los centros culturales patrocinados por el gobierno absorbían presupuestos considerables, y su carácter oficial limitaba su influencia real. Han desaparecido las fachadas demasiado visibles, pero subsisten medios de influencia mucho más sutiles y eficaces: prensa, cine, televisión, radio...

## NOTICIAS "MADE IN U. S. A."

En la totalidad del mundo no comunista, centenares de millones de hombres leen todos los días, en su lengua materna, periódicos impresos en su propio país, pero redactados frecuentemente según las noticias de las agencias de prensa americanas. Esta invasión de los medios de información tiene en Europa límites razonables, gracias a la existencia de agencias de prensa europeas. Pero otra cosa ocurre en regiones como América Latina, a pesar de la tímida tentativa de crear una agencia en Chile, y a pesar de los esfuerzos de una agencia cubana, cuyo equipo técnico y distribución siguen siendo muy limitados.

Además, a los periódicos latinoamericanos se les ofrece, a tarifas sin competencia, un voluminoso servicio de artículos traducidos al español y al portugués: editoriales de los «columnistas» americanos, artículos de variedades, chistes, reportajes. Informaciones y comentarios llegan así de los Estados Unidos directamente, con una óptica americana, presentando a los lectores una determinada visión de la guerra del Vietnam, de las crisis del Oriente Medio, de los acontecimientos en África, de la diplomacia gaullista, de la situación en URSS o en China, etcétera... Poco a poco se impone, subrepticamente, a millones de lectores, que no tienen motivo alguno para colmular con los análisis que pueden hacer los americanos, una concepción americana.

A esta influencia que se ejerce a través de periódicos aparentemente «nacionales», se añaden influencias más directas. En América Latina, y también en Europa, se invierten capitales americanos en empresas de prensa. Revistas como «Visión», en español, y «Visão», en portugués, no confiesan que se trata de publicaciones directamente controladas por sociedades americanas. El lector nunca encuentra en ellas textos o documentos gráficos que puedan sugerirle molestas tendencias políticas. Pero la edición de «Life» en español no ejerce menos influencia, a pesar de que no oculta su origen. Sin embargo, algunos artículos de la edición americana de «Life» nunca son traducidos en la edición en español. El record pertenece, por derecho propio, al «Reader's Digest», cuyas «Selecciones», en distintas lenguas, llevan al mundo entero la imagen de una América biempensante y generosa, llena de buenos sentimientos y de cualidades humanas, una imagen tanto más creíble cuanto que corresponde a un aspecto real de América, pero sólo a uno de sus aspectos: las sombras del cuadro son suavizadas o borradas, y la

guerra del Vietnam, por ejemplo, se convierte en una heroica cruzada, en la que los buenos G.I.'s negros reparten chicle a los niños vietnamitas, atendidos por médicos militares americanos.

En Europa, los lectores de esta prensa «made in USA», no tienen por qué quejarse, ya que nadie está obligado a nutrirse de esta literatura. Las publicaciones europeas les ofrecen un amplio surtido, a menos que ellas estén también ligadas a empresas de prensa americanas, sea directamente por sus capitales, sea por acuerdos que les permiten utilizar reportajes americanos, sea por sustanciosos contratos publicitarios.

En estos casos no es extraño que periodistas europeos muy conocidos pongan su pluma al servicio del imperio. Uno de ellos, cuya abundante prosa se publica en un semanario de gran tirada, quedó muy asombrado cuando después de una larga estancia en Estados Unidos se le negó la ciudadanía americana: se dio cuenta de que sus artículos servirían mejor a la causa del imperio si conservaba su nacionalidad. Semejantes publicaciones destilan, de semana en semana, una imagen idílica de América y de su papel en el mundo. Deben, de todas formas, tener en cuenta las reacciones de su público, si es que éste dispone de otros medios de información. Por eso se encuentran a veces obligadas a espectaculares cambios de chaqueta. Una revista, cuya reputación es bien conocida, explicó complacientemente a sus lectores, con perentorias demostraciones, que Julius y Ethel Rosenberg, condenados por «espionaje atómico» en Estados Unidos, eran culpables sin la sombra de una duda. Pero hubo de cambiar de tono cuando, en las semanas que precedieron a la ejecución de los Rosenberg en la silla eléctrica de Sing-Sing, la opinión pública tomó posición a su favor, a raíz de las intervenciones de Pío XII, de numerosos prelados, de los más eminentes miembros de la magistratura, de académicos, de líderes políticos, de los más respetables universitarios y, también, de las modistillas y los horteras.

Esto no es más que un ejemplo, pero muchas publicaciones proyectan en el espíritu de sus lectores la imagen de una América en la que hay muchos americanos que ni siquiera creen. Si, sin embargo, sometidas a leyes comerciales que les prohíben ignorar acontecimientos o rechazar documentos gráficos lo suficientemente sensacionalistas como para estimular la venta. Explican, pues, los maravillosos progresos realizados en el terreno de la integración racial en los Estados

Unidos, hasta el día en que fotos de blindados en las calles de Detroit, de incendios en Washington, de brutalidades policíacas en Harlem o en Watts les obligaron a revelar un aspecto insospechado del drama. La rebelión de los negros se hace entonces difícilmente comprensible. Pero la partida no está perdida, ya que los reportajes sobre los motines raciales demuestran la imparcialidad de la publicación, y autentifican los artículos a la mayor gloria de América.

Poco importa que un universitario europeo, al regreso de una serie de conferencias en los Estados Unidos, publique un artículo magistral denunciando la ingratitude de quienes se atreven a criticar tal o cual aspecto de la política americana. Nadie le convierte en sospechoso de cultivar, de ese modo, las buenas relaciones gracias a las cuales efectuará otros viajes a los Estados Unidos. Nadie sospecha que varios de sus colegas americanos son sometidos a fortísimas prisiones oficiales para disuadirlos de que publiquen sus artículos en los periódicos europeos.

## VISION PARCIAL DEL MUNDO

La situación es mucho más delicada en regiones como América Latina. De Méjico a Argentina, toda una prensa se asfixia a fuerza de no mirar el universo más que por una sola ventana. Varios grandes periódicos, en el Brasil por ejemplo, han intentado llegar a acuerdos con publicaciones europeas independientes, con el fin de ofrecer a sus lectores otra visión del mundo. Pero esto no es más que un paliativo: algunos artículos traducidos de aquí y allá proporcionan informaciones que no suelen verse en la prensa americana, un análisis o un punto de vista no ortodoxo. Los servicios de prensa de la embajada de los Estados Unidos lanzan inmediatamente una invitación a comer, y se esfuerzan por convencer al culpable de que su documentación es inexacta o incompleta. Las presiones son múltiples. Pueden ir hasta la amenaza de no renovación de los contratos publicitarios establecidos entre el periódico y las firmas americanas instaladas en el país.

Lo más grave sigue siendo que estos periódicos raramente disponen de los recursos suficientes para garantizar su independencia. Un gran periódico de un gran país de América Latina envió por primera vez un reporter al Vietnam, a principios de 1968. Hasta entonces, había informado a sus lectores a través de crónicas y noticias vendidas a bajo precio por agencias de prensa o por periódicos americanos. Un en-

viado especial en un país lejano cuesta quinientas veces lo que un artículo de Joseph Alsop, vendido a un periódico de Río de Janeiro o de Buenos Aires. El lector brasileño o argentino no tiene, indudablemente, nada en común con Joseph Alsop quien, bien introducido en el Pentágono, ha anunciado varias veces, desde 1964, que Hanoi y el Vietcong capitularían en la siguiente estación seca. Pero Joseph Alsop es un personaje considerado, cuyos juicios categóricos son difundidos en todas las lenguas y en todos los continentes.

Con ingresos publicitarios de dos mil setecientos sesenta y cinco millones de dólares en 1966, las grandes compañías americanas de televisión disponen de medios financieros que no están al alcance de ningún otro país del mundo. Producen reportajes, series, emisiones infantiles, etc... Incluso en países sospechosos de antiamericanismo, como Francia, la televisión nacional difunde cada día una fuerte proporción de imágenes americanas. Evidentemente, pueden hacerse cortes en ciertas cintas, y su comentario puede ser modificado. Incluso, con frecuencia, estas cintas muestran los aspectos menos placenteros de la vida americana. Sin embargo, sobre todo en los países que poseen medios limitados, transmiten a millones de hogares cierta representación de los problemas planteados en el mundo entero, y pasan completamente en silencio otros problemas que no carecen de importancia.

Esta visión parcial del mundo no proviene necesariamente de una intención deliberada. Numerosos periodistas de la televisión tienen, por el contrario, una reputación bien ganada de independencia e inconformismo. Pero producen para un público determinado, y el americano medio del Middle-West no comparte las preocupaciones del cultivador bretón u holandés, del fellah marroquí, del minero chileno o del campesino de Formosa.

El impacto de la imagen es sin duda aún más fuerte cuando se trata del cine. La industria americana exporta sus films al mundo entero, donde, además, controla una parte cada vez más importante de los circuitos de distribución. En todas las capitales, abundantes salas proyectan films americanos, alternando, naturalmente, las grandes obras y las producciones de última categoría. Los productores alemanes, franceses, españoles, etc..., cada vez pueden resistir más difícilmente a esta competencia. Sus posibilidades materiales dependen, naturalmente, de las recaudaciones de su propia producción. En la mayor parte de los países del mundo, ante la afluencia de películas americanas, la producción nacional o bien disminuye o bien se orienta hacia éxitos comerciales, garantizados por la elección del argumento, de estrellas consagradas, etc..., reemplazando así la facilidad a la búsqueda de calidad. Gracias al cine, modas y bogas partidas de América invaden en unas semanas todo el Occidente. Los «valores» americanos se propagan con gran rapidez, difundiendo lo bueno y lo malo, pero haciendo casi siempre resaltar, aunque sea inconscientemente, y hasta en la crítica, las ventajas y los beneficios del elevado nivel de vida ofrecido por el «american way of life». Pero lo que las películas no dicen es que la civilización del automóvil y la piscina privada, del aire acondicionado y el avión particular,

## Films, revistas, libros, televisión son utilizados muy eficazmente para crear fuera de los Estados Unidos una imagen atractiva, aceptable, del imperio.

del confort material y el dispendio, está basada no sólo en un ideal de progreso y en las virtudes de la libre empresa, sino también en la explotación de minas y plantaciones del Tercer Mundo, donde los bajos salarios y los bajos precios de venta son el rasgo de la prosperidad de doscientos millones de americanos.

Mientras tanto, acelera, al igual que todo imperialismo, un fenómeno de desculturización que tiende a privar a la humanidad de ricas potencialidades. Donde quiera que puede afirmarse con fuerza, eclipsa las tradiciones culturales autóctonas para sustituirlas por el «molde» americano. Un caricaturesco ejemplo de esta situación lo proporciona Puerto Rico, donde se asiste, no a una simbiosis de la cultura hispánica y de la americana, sino a la desaparición de la primera ante la segunda. Toda América Latina no está, desde luego, igualmente comprometida en este proceso. Pero la rebelión de los estudiantes latinoamericanos no está dirigida sólo contra los regímenes dictatoriales, corrompidos o ineficaces, no sólo contra la explotación por el extranjero de los recursos económicos y humanos de sus países, sino también contra esta colonización que les toca en lo más profundo. Y quizá por esto es por lo que su rebelión es más virulenta que la de las organizaciones obreras y campesinas, que sufren sobre todo la colonización económica.

El imperio ha creído asegurarse la fidelidad de los estudiantes ofreciéndoles grandes facilidades para seguir los cursos de las Universidades americanas. En unos años se ha efectuado un cambio de tendencia: el número de estudiantes europeos en Estados Unidos sigue, más o menos, siendo el mismo, mientras aumenta el número de estudiantes asiáticos y latinoamericanos. En 1953, la cuarta parte de los estudiantes extranjeros inscritos en las Universidades americanas eran europeos, pero su proporción bajó al 12 por 100 en 1963. El número de becas Fulbright atribuidas a estudiantes franceses se redujo de 220, en 1950, a 130, en 1963; y en lo que respecta a Inglaterra, de 175 a 83. Pero estos becarios Fulbright no representan más que una pequeña parte de los estudiantes europeos inscritos en las Universidades americanas, cuyo total ha pasado de 7.800, en 1953, a 7.923, en 1963. En el mismo período, el contingente llegado del Tercer Mundo se ha acrecentado notoriamente: de 1953 a 1963, el número de estudiantes extranjeros en los Estados Unidos se ha elevado de 7.585 a 23.768, en lo que respecta a los asiáticos, y de 7.615 a 11.021, en lo que se refiere a los latinoamericanos. Esta tendencia aún se ha acentuado en los últimos años.

La intención es clara: los Estados Unidos intensifican sus esfuerzos a favor de la formación de cuadros para los continentes subdesarrollados. Estos esfuerzos recaen, prioritariamente, sobre Asia y América Latina, dado que África recibe, en este aspecto, una ayuda importante de Francia e Inglaterra. Pero esta política sigue sometida a revisión por dos razones principales: de una parte, como se ha visto antes,

de 5.819 inmigrantes especializados que llegaron a Estados Unidos en 1966 procedentes de continentes subdesarrollados, 5.292 llegaban de Asia y América Latina. Las estadísticas no dicen cuántos de ellos estaban provistos de diplomas americanos, pero el visado de inmigrante y un contrato de trabajo se conceden más fácilmente a los extranjeros diplomados por una Universidad americana. Conocen la lengua y las costumbres del país, sus estudios les han hecho permanecer un año o más en los Estados Unidos y pueden quedarse definitivamente; las empresas americanas, por otra parte, saben que serán más fácilmente asimilables. La acogida de estudiantes de Asia y América Latina facilita el *brain drain* del que son víctimas estos continentes.

Por otra parte, muchos estudiantes formados en los Estados Unidos regresan efectivamente a sus países de origen. Algunos de ellos pasan a ser los altos cargos de las empresas privadas americanas instaladas en estos países. Otros trabajan en empresas autóctonas si encuentran un empleo que corresponda a sus capacidades. Sea cual sea su empleador, o bien lo único que les interesa es ganarse la vida lo mejor posible, preocupándose únicamente de su confort material, o bien, si se trata de una decisión política, convirtiéndose en abogados convencidos de la causa americana, y sirviendo así a los intereses del imperio que les ha permitido terminar sus estudios universitarios; los demás renuevan la gesta de José Martí, el héroe de la independencia cubana a finales del siglo pasado, que, habiendo vivido en Estados Unidos, «en las entrañas del monstruo», denunció lucidamente el peligro que representaba para su país. Sin dar más precisiones, basta con señalar que buen número de los estudiantes muertos en los maquis revolucionarios de Perú o Venezuela habían hecho sus estudios superiores en los Estados Unidos, lo mismo que muchos cubanos que sirven a la revolución fidelista. El fenómeno es clásico, y muchos na-

cionalistas africanos poseen diplomas franceses o ingleses. El imperio forma no sólo a los altos cargos que le servirán más o menos fielmente, sino también a los dirigentes revolucionarios que lucharán contra él. La ley es ineluctable y su eficacia está a la escala del esfuerzo cultural del imperio.

Todo imperio engendra los virus de su autodestrucción. Aunque no corresponde a las definiciones clásicas, el imperio sin fronteras fundado por los Estados Unidos no escapa a la regla. Al tiempo que explota los recursos materiales y humanos de los países sometidos a su ley, agrava los motivos de rebelión en las capas sociales más ignorantes, y se ocupa de la formación intelectual de cierto número de líderes revolucionarios contra los cuales un día habrá de luchar.

### LA CIA Y LOS LIBROS

El imperio cultural no utiliza sólo la prensa, la televisión, el cine o los estudiantes extranjeros invitados a Estados Unidos. Los libros son para él un arma de primera clase. Dos organismos federales dotados de grandes medios financieros se ocupan de difundir en el mundo la propaganda americana: se trata de la United States Information Agency (USIA), especialmente creada para este fin, y del Servicio americano de espionaje, al que resulta más sorprendente encontrar mezclado en esta aventura, la Central Intelligence Agency (CIA).

Desde 1947, a lo largo y lo ancho de todo el mundo, los estudiantes han incendiado o saqueado 97 bibliotecas o centros culturales americanos. Pretendían de este modo protestar contra un «colonialismo cultural» de cuyos peligros se dan cuenta, ya que en medio de las obras literarias o científicas así destruidas se encontraban libros de pura propaganda, escritos a petición del gobierno americano para justificar su política sin el menor respeto de la verdad histórica.

En 1965, por ejemplo, la USIS ha gas-

tado varios millones de dólares para distribuir en el mundo 14.453.000 libros. Semejante mercado ha seducido, naturalmente, a los editores americanos, que han aceptado publicar libros cuyo autor estaba pagado por la USIS y cuyo texto había sido revisado y corregido por la misma Agencia, naturalmente sin que su nombre se mencionara. Otros editores se esforzaron por publicar obras cuyo contenido les permitía pensar que la USIS podría encargar varios miles de ejemplares con fines propagandísticos.

Estas publicaciones, naturalmente, se efectúan bajo la única responsabilidad del editor, que se guarda muy bien de precisar que tal o cual libro ha sido encargado por el gobierno del imperio. Estos libros lo mismo pueden ser distribuidos gratuitamente en el extranjero, con fines propagandísticos, que vendidos en el interior de Estados Unidos, donde no dejan de servir para la propaganda gubernamental. Aquí es donde choca la curiosa concepción que los americanos tienen de su propia integridad. Al comparecer ante una comisión de la Cámara de Representantes, Leonard Marks, director de la USIA, ha proporcionado interesantes precisiones a este respecto. Interrogado por Glenard Lipscomb, representante republicano de California, ha explicado que un libro que llevase la marca, no de un editor conocido y respetado, sino del gobierno, sería considerado en el extranjero con una comprensible reserva. Lipscomb le contestó que aprobaba calurosamente su actividad en el extranjero, pero que no aceptaba que se ejerciera también en el interior de los Estados Unidos. Se estableció entonces el siguiente diálogo entre los dos hombres:

— Lipscomb: «Supongo que ustedes venden esos libros en el extranjero con fines propagandísticos».

— Marks: «Sí, sin atisbo de duda».

— Lipscomb: «¿Se venden en Estados Unidos con fines propagandísticos?».

— Marks: «No».

El «New York Times» comentaba con humor: «En otros términos, lo que

El imperio ha creído asegurarse la fidelidad de los estudiantes dándoles grandes facilidades para seguir los cursos en Universidades americanas. Aumenta así el número de estudiantes asiáticos y latinoamericanos.





**Los dos sectores punteros —electrónica y telecomunicación, aviación y cohetes— han gozado de las más altas subvenciones del Pentágono. Las sumas consagradas a la investigación por la industria privada recaen en los sectores directamente orientados a la producción comercial.**

está concebido para manipular al lector extranjero es considerado por Marks como un servicio honrado y objetivo al lector americano. Pero esta observación no va al fondo del problema. La verdad, en efecto, está en otra parte. Marks sabe que puede admitir, sin peligro de ser criticado, que su organización haga propaganda en el extranjero. No hay ningún mal en ello, puesto que el interés superior del imperio lo exige. Pero dado que el ciudadano americano es de una clase privilegiada, o al menos diferente, Marks sabe que no es conveniente someterle a una propaganda confesada. Lipscomb está de acuerdo con él, por otra parte, y aprueba la propaganda en el extranjero, pero la reprueba en Estados Unidos, no porque los estatutos de la Agencia sitúen su campo de acción en el exterior de las fronteras nacionales, sino porque es normal ocultar a un lector extranjero que un libro está publicado por el gobierno, mientras que un lector americano tiene derecho a ser informado de ello.

#### SANTO DOMINGO Y VIETNAM

El debate que sobre este tema se ha desarrollado en Estados Unidos, ha sacado a la luz un hecho considerado como particularmente escandaloso. En su número de abril de 1966, una revista tan respetada como «Foreign Affairs», patrocinada por el New York Council on Foreign Relations, publicó un artículo titulado «The faceless Vietcong» («El Vietcong sin rostro»), por George A. Carver. Se presentaba a éste como un especialista de las teorías políticas y de los problemas asiáticos, diplomado por Yale y Oxford, que había servido en la misión americana de ayuda a Saigón, y autor, además, de un libro muy serio: «Aesthetics and the problems of meaning». George A. Carver aparecía, pues, como un universitario respetable que trataba sin prejuicios un asunto que conocía bien. Su artículo afirmaba que el Vietcong no era más que una marioneta de Hanoi, y justificaba de cabo a rabo la política americana en el Vietnam. ¿Dónde está, pues, el escándalo? Todos los periódicos americanos se indignaron por él: «Foreign Affairs» no decía a sus lectores que George A. Carver era un agente de la CIA. El público americano había sido engañado. Sólo los lectores extranjeros podían ser blanco de una propaganda tan insidiosa...

De hecho, los lectores extranjeros están bien entrenados. En 1966, el editor Praeger publicó «Why Viet Nam», por Frank N. Trager. El texto de la solapilla decía: «El balance que hace el profesor Trager de la guerra que desgarró al Vietnam, presenta argumentos decisivos a favor del compromiso americano y demuestra que éste, apoyado por tres Presidentes de los Estados Unidos, debe seguir adelante. Intenta también demostrar por qué, después de una sucesión de gobiernos inestables, el gobierno del general Ky ofrece una nueva esperanza de un Vietnam fuerte y libre». ¿Dónde está el escándalo, pues? La USIA ha pagado al profesor Trager 2.500 dólares

para escribir el libro y ha comprado dos mil ejemplares al editor por la suma de 5.750 dólares para distribuirlos en el extranjero. Todo esto es perfectamente aceptable, según las normas americanas. Pero lo que es intolerable es que el mismo editor ha vendido el libro en Estados Unidos, donde la revista «Newsweek» lo ha recomendado calurosamente, sin informar al público americano de que este libro, escrito por encargo gubernamental, no era un trabajo objetivo, sino un instrumento de propaganda.

A este efecto se utilizan dos sistemas diferentes. En 1956, la USIA consagró 570.850 dólares a subvencionar ciento cuatro libros que no habrían sido escritos o publicados por el mercado comercial sin los alientos de la Agencia. Además, el mismo año, la USIA gastó 183.905 dólares para hacer escribir de encargo, según sus indicaciones y bajo su control, otros cuarenta y seis libros. Estas dos formas de contrato obligan al autor y al editor a no revelar en ningún caso la intervención de la Agencia.

Entre los libros escritos por encargo de la USIA, figuraba «The truth about the Dominican Republic», por Jay Mallin, corresponsal de la revista «Time», y publicado por las ediciones Doubleday, bajo el título «Caribbean Crisis: subversion fails in the Dominican Republic». El mismo Jay Mallin recibió de la USIA 4.946 dólares para escribir «Terror in Vietnam», publicado por las ediciones D. Van Nostrand. Cuanto más grave es la crisis, mayores son los esfuerzos de la USIA por cantar las alabanzas de la política americana. Es, pues, normal que Santo Domingo y Vietnam hayan polarizado su atención. Además de los dos libros de Trager y Mallin, escritos a petición suya y por su cuenta, la USIA ha subvencionado otro libro sobre el Vietnam: «The Vietnam war: Why?», escrito por M. Sivaram, periodista indio. Este libro fue primeramente publicado por Charles E. Tuttle con pastas de cartón, y la USIA encargó cuatrocientos sesenta ejemplares para distribuir en el extranjero. El libro explica que «la guerra del Vietnam no puede acabar más que con la retirada del "agresor" norvietnamita». Más tarde, las ediciones McFadden sacaron el mismo libro en formato de bolsillo, y la USIA encargó dos mil quinientos ejemplares en inglés y adquirió los derechos de

traducción a treinta y una lenguas.

Para los americanos el problema está en el hecho de que el mismo editor publique obras de autores independientes y otras de autores pagados por la USIA sin que el lector americano —el extranjero poco importa— pueda distinguir unos de otros. Así es como las ediciones Praeger, por ejemplo, han publicado los libros de Bernard Fall que critican la política americana en Vietnam, o un libro de Philip Geyell, «Lyndon B. Johnson an the word» que, sin ocultar las debilidades y los fracasos de Washington, da pruebas de una imparcialidad que le desacredita ante la USIA. Pero las mismas ediciones Praeger publicaron, en 1965, dieciséis libros subvencionados o encargados por la USIA, e incluso admitieron haber publicado «quince o dieciséis» libros por cuenta de la agencia de espionaje, la CIA. Las ediciones Praeger, a pesar de esta importante ayuda financiera, no han podido sobrevivir y han sido adquiridas por la «Encyclopaedia Britannica» que, como su nombre no lo indica, es una empresa americana.

#### LAS "FUNDACIONES"

Hace algunos años la USIA pagó 16.500 dólares al semanario «The New Leader», que en otro tiempo fue de izquierda, para redactar «The strategy of deception: a study in worldwide communist tactics», publicado en 1963 en las ediciones Farrar & Strauss. El autor es la señora Kirkpatrick, esposa de un antiguo agente de información convertido en director de la American Political Science Association y de un organismo llamado «Operational and Policy Research», que recibió fondos de la USIA y de dos «fundaciones» que sirven de tapadera a la CIA. Del libro se vendieron veinticinco mil ejemplares, y fue seleccionado por el «Book of the month Club», que garantiza una amplia difusión.

La USIA dispone de un medio muy sencillo de hacer escribir y publicar libros sensacionales que sirvan a su propaganda. Hace proteger, mediante secreto, los documentos del Departamento de Estado o de la CIA que se refieren a los problemas de actualidad. Después se pone de acuerdo con un autor en boga a cuyo favor se

levantará el secreto a condición de que la USIA tenga un derecho de control absoluto sobre el manuscrito. Muchos periodistas y escritores no son capaces de resistirse a la doble tentación de ganar dinero y adquirir una gloria dudosa, revelando informaciones «secretas». Sólo se les pide una cosa: que abduquen de su libertad de juicio y de su integridad intelectual aceptando firmar una obra cuyo contenido está censurado y orientado.

El «New York Times» resume el problema como sigue: «Está sobradamente probado que los libros se utilizan cada vez más como medios de propaganda, que personas que ocupan cargos importantes censuran los libros que encuentran antipáticos o embarazosos y que encargan y controlan la redacción de ciertos libros sin confesarlo».

En Estados Unidos, lo mismo que en el extranjero, hay «intelectuales» que no saben resistirse a las ofertas financieras de la USIA. Otros han considerado que el efectuar «viajes de estudios» por cuenta del Departamento de Estado no era comprometedor, pero las conclusiones que de ello sacaban, al menos la forma en que las exponían, daban fe de cierta complacencia, sin que quienes ponían los fondos necesitasen ejercer la menor presión directa. Las grandes «fundaciones» han desempeñado con frecuencia análogo papel, tanto más hábilmente cuanto que gran parte de los trabajos por ellas financiados son políticamente incoloros. Por otra parte, algunas de estas «fundaciones» no son más que camuflajes de la CIA. Este servicio de espionaje ha intervenido, a veces, en colaboración con la USIA para permitir la redacción y la edición de libros. De otra parte, la distinción entre el dinero que proviene de la CIA o de la USIA es puramente formal. Siempre se trata de dinero del gobierno, encargado de velar por los intereses del imperio.

Periodistas, escritores o redactores jefes de periódicos universitarios no suelen ser muy ricos —escribe James Reston, en el «New York Times»—. Algunos de ellos son vulnerables a la corrupción financiera, y la CIA no ha vacilado en utilizarlos cuando ha podido.

El cáncer de la corrupción de los espíritus por el dinero lleva muy lejos las posibilidades de desintegración. Actúa, simultáneamente, en el interior de la sociedad americana y en el extranjero. Y lo hace en el interior porque necesita la garantía intelectual de ciertas personalidades para actuar más eficazmente en el extranjero. Los dos terrenos están indisolublemente vinculados, lo que demuestra, una vez más, que los dramas del imperio no son únicamente los del colonizado, sino también los del colonizador. Los liberales americanos fueron presa de gran indignación cuando se enteraron, en 1967, de que la CIA financiaba determinadas actividades universitarias. Consideran que el origen «impuro» de este dinero compromete su reputación en el interior y en el extranjero. Pero, existe gran diferencia entre Michigan State Uni-

(Pasa a la página 69)

# EL IMPERIO CULTURAL

(Viene de la página 51)

versity, que aceptó el dinero de la CIA para formar fuerzas de policía en el Vietnam y la Universidad de California que, en 1955, recibió 363.000.000 de dólares del Pentágono, 246.470.000 de ellos destinados a investigaciones atómicas con fines militares? Según el artículo, ya citado, de James Reston, el 53 por 100 del presupuesto de la Universidad de California proviene, en 1965, del gobierno del imperio. Y añade: «La CIA y la Fundación Ford, entre otros organismos, han establecido y financiado un aparato de intelectuales seleccionados por sus posiciones correctas en la guerra fría».

Aunque la coexistencia pacífica haya sucedido sin dificultad a la guerra fría, la misma actividad se prosigue con los mismos métodos, ya que la amenaza comunista subsiste, y sigue siendo igualmente importante conquistar los espíritus, lo mismo que lo es acceder a las reservas de materias primas o mantener una supremacía militar. Puede parecer sorprendente el que la CIA y la Fundación Ford se encuentren en el mismo saco. Pero el asombro no puede proceder más que de una subvaloración de la voluntad colectiva de servir a América y a su misión en el mundo.

¿Por dónde pasa, en efecto, la frontera entre la Universidad, la diplomacia, el gobierno, la CIA, las fundaciones? Después de haber sido alto comisario en la Alemania ocupada, John McCloy se convirtió en presidente de la Fundación Ford. En sentido inverso, John Foster Dulles y Dean Rusk fueron presidentes de la Fundación Rockefeller antes de convertirse en secretarios de Estado. Cuando McGeorge Bundy, ayudante especial de los Presidentes Kennedy y Johnson para los asuntos de seguridad nacional, encargado, entre otras cosas, de los contactos con la CIA, deja la Casa Blanca, John McCloy hace que le nombren a la cabeza de la Fundación Ford. Ex coronel de los servicios de espionaje y colaborador de McCloy en Alemania, Shepard Stone se convierte en director de los asuntos internacionales de la Fundación Ford, y cuando, al estallar el escándalo, la CIA ya no puede subvencionar el «Congreso para la libertad de la cultura» y sus revistas «Preuves», «Encounter» y «Cuadernos», es, naturalmente, la Fundación Ford la que toma el relevo y se encarga de su financiación. Todas las actividades de las fundaciones no están, desde luego, políticamente orientadas hacia el servicio único de los intereses del imperio. Pero los dirigentes de las fundaciones aprueban los grandes objetivos de la diplomacia americana y se interesan, naturalmente, por ciertas actividades a las que consideran dignas de recibir su apoyo financiero. La CIA no actúa diferentemente a este respecto. Sería inútil pretender que las fundaciones actúan «honestamente» mientras que la CIA, por su naturaleza y sus funciones, lo hace «maquiavélicamente». Las intenciones y las motivaciones secretas de los señores del imperio importan menos que la potencia de

los medios de que disponen al servicio de la causa americana.

Estén las oficinas instaladas en el cuartel general de la CIA o en el edificio de una fundación, estas personalidades que ocupan posiciones eminentes en la sociedad americana están convencidas de que esta sociedad representa un modelo envidiable para el mundo. Es a ella a quien hay que reforzar y defender, aunque sea por medios dudosos. Saben, desde luego, que esta sociedad no es perfecta, y conocen sus defectos y sus lagunas. Pero no ponen en duda que sus principios fundamentales son justos y que las deficiencias pueden ser corregidas. Hace falta tiempo, inteligencia, voluntad, competencia. Mientras tanto, conviene luchar contra las fuerzas oscuras que, desde el interior y desde el exterior, atacan a esta sociedad olvidando que alimentan su prosperidad con la miseria de las tres cuartas partes de la humanidad. Tienen fe en su virtud y en su triunfo. Resolverán los problemas del interior y del exterior. Un día, el mundo entero será admitido a beneficiarse de las ventajas del «american way of life». Basta con tener paciencia y con aplicar las recetas del triunfo americano.

Estas recetas son conocidas. Se les han consagrado libros enteros, que explican los méritos y la eficacia de los métodos americanos de «management», de publicidad, de relaciones públicas, de «marketing», etc... A los libros americanos publicados sobre estos problemas, y que merecen ser mejor conocidos, se añaden obras extranjeras que afirman la superioridad auténtica de América en este terreno. La técnica americana lo resolverá todo. La USIA compra, pues, los derechos de traducción de estos libros y hace que se publiquen en todas partes por editores extranjeros. Son accesibles en diversas lenguas. Entre ellos se cuecen ciertas obras de pura propaganda sobre Santo Domingo y Vietnam, y otros libros que, sencillamente, deben afirmar la calidad de la producción intelectual americana. Incluso los editores americanos compran importantes participaciones financieras en casas editoras extranjeras, como lo ha hecho el grupo «Time», que posee el 46 por 100 de las acciones de las ediciones Robert Laffont.

En este gigantesco esfuerzo, la CIA no se limita a operaciones de propaganda y de influencia intelectual. Se ocupa, sobre todo, de tareas mucho más complejas y delicadas. El relato detallado de una intervención de la CIA en Irán permitirá comprender mejor el funcionamiento de este brazo secular del imperio, encargado de bajas chapuzas y de las «dirty tracks» al servicio de América. Demostrará también cómo se combinan las actividades políticas, económicas y militares del imperio. Abrirá, por fin, el camino a un esbozo de las intervenciones ocultas de los Estados Unidos tanto en países aliados como enemigos.

© Ediciones Grassel.—Agencia L. Forestier y TRIUNFO, para España.

**FIN DE LA SERIE**



Colonia  
*Nenuco*  
el primer placer  
del recién nacido.

Jabón líquido  
*Nenuco*  
no escuece a los  
ojos por ser su  
reacción ácida  
igual a la lágrima  
del niño.

Un baño con PRODUCTOS *Nenuco*  
es un baño sin rabeleta.

*Nenuco*

¿QUIEN FUE  
**HITLER?**

Puritano, antisemita, carismático,  
mezcla de genio y mediocre

¿QUE HIZO POSIBLE A  
**HITLER?**

Un oscuro funcionario de Aduanas llegó a convertirse en dictador de Alemania

"Toda mi vida —dijo en una ocasión— puede ser resumida como un incesante esfuerzo por persuadir a los demás"

UNA SERIE DE REVELADORES DOCUMENTOS SOBRE EL HOMBRE QUE LLEVO AL MUNDO A LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

EN EL PROXIMO Y SIGUIENTES NUMEROS DE

**triunfo**